

BORGES Y LOVECRAFT

JUAN JOSÉ BARRIENTOS
Univesidad Veracruzana

En una entrevista con Richard Burgin, Borges recuerda que una editorial le había pedido a seis escritores argentinos que escogieran el mejor cuento que conocían y publicó una antología con los relatos elegidos. Borges se había decidido por «Wakefield», de Hawthorne, pero el libro incluía un cuento chino, el cuento de la sirenita de Hans Christian Andersen y «Bartleby», de Melville; también, lo que Borges describió como «una desagradable historia, bastante falsa, de Lovecraft» (p. 84). De acuerdo con Borges, elegir un cuento de Lovecraft como el mejor del mundo era algo que sólo tenía el propósito de asombrar a la gente; él no creía que nadie pudiera sostener esa opinión en serio. Es una lástima que Burgin no lo interrogara más al respecto, porque a mí me parece que «El Aleph» es una especie de parodia de Lovecraft.

En su cuento, Borges acude a la casa de Carlos Argentino Daneri, quien le pide ayuda para evitar que el edificio sea demolido; para obtener su apoyo, le revela el secreto que ha guardado por años: la casa encierra un Aleph, uno de los puntos del espacio que contiene todos los puntos». Borges accede a verificar el prodigio: en el sótano se acuesta bocarriba debajo de la escalera, cuenta diecinueve escalones y entonces, en «un instante gigantesco», ve «millones de actos deleitables o atroces», todos los cuales ocupaban el mismo sitio sin superposición y sin transparencia». La mayoría de los lectores se quedan tan asombrados que no se dan muy bien cuenta de que Borges maneja el Aleph para burlarse de ciertos escritores, pues Daneri lo aprovecha para escribir un poema titulado «La Tierra», que no es más que «una descripción del planeta». Es como si en *The Time Machine*, el protagonista viajara frecuentemente a ciertas épocas del pasado para escribir novelas históricas; la idea es ridícula, pero Lovecraft la tomó en serio en «La lámpara de Alhazred», cuyo protagonista, Phillips, escribe cuentos inspirados en las «escenas de otros mundos y de otros tiempos» que le

permite contemplar una misteriosa lámpara que había heredado de su abuelo. Borges se divierte con esta idea; en su cuento, la lámpara de Alhazred se convierte en el Aleph, y Phillips se transforma en el telúrico poeta Carlos Argentino Daneri.

Es claro que la idea básica es la misma, pero además hay semejanzas notables entre otros cuentos. La oscuridad es indispensable para percibir el Aleph, y la lámpara parece un viejo proyector de películas, porque antes de prenderla Phillips se encerraba en su biblioteca y corría las cortinas para tapar las ventanas. El Aleph desaparece, por otra parte, debido a la demolición del inmueble donde habitaba Carlos Argentino Daneri, y también en el cuento de Lovecraft «La casa de la calle Angell fue derribada, la biblioteca adquirida por algunas librerías, y lo que había en la casa se vendió como chatarra, incluyendo una vieja y antigua lámpara árabe» (p. 145). Tal vez lo más importante es que en ambos relatos el protagonista tiene una visión inaccesible al resto de los mortales y que se describe en términos parecidos.

En «La lámpara de Alhazred», Phillips «*Vio* una casa muy bella, coronada de humo, en un promontorio como el cercano Gloucester. *Vio* un antiguo pueblo de estilo holandés, con un oscuro río que lo atravesaba, un pueblo como Salem, pero más malvado y misterioso, y llamó al pueblo Arkham, y al río Miskatonic. *Vio* la oscura ciudad costera de Innsmouth, y detrás de ella el Arrecife del Diablo. *Vio* las profundidades acuáticas de R'yeh donde el difunto Cthulu yacía (...). *Contempló* la meseta de Leng, arrasada por el viento, y las oscuras islas de los Mares del Sur. *Pudo apreciar* las Tierras del Ensueño, los paisajes de otros lugares, del espacio, así como las formas de vida que habían existido en otros tiempos y que, más viejos que la propia tierra, remontaban a los Primordiales, hasta Hali, e incluso más allá» (pp. 141-142).

Por su parte, Borges escribe:

Vi el populoso mar, *vi* el alba y la tarde, *vi* las muchedumbres de América, *vi* una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, *vi* un laberinto roto (era Londres), *vi* interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo, *vi* todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó, *vi* en un traspatio de la calle Soler las mismas baldosas que hace treinta años *vi* en el zaguán de una casa de Fray Bentos...

Las anáforas y enumeraciones son parecidas, pero a diferencia de Borges Lovecraft no sólo se refiere a sitios reales, sino también a lugares imaginarios.

Borges depura lo fantástico; eso es claro si pensamos en la transformación de la lámpara en el Aleph. Borges recuerda «el espejo que atribuye el Oriente a Iskandar Zu-al-Karnayn, o Alejandro Bicornes de Macedonia», en cuyo cristal «se reflejaba el universo entero»; también, el espejo universal de Merlín, «redondo y hueco y semejante a un mundo de vidrio (The Faerie Queene, III, 2,

19» (p. 627). Estos objetos son parecidos a la lámpara de Alhazred y presuponen una especie de Aleph que se encuentra en ellos. Borges separa de estos mágicos aparatos la idea de un punto clave del universo; lo fantástico, que en los relatos mencionados se vincula a la magia, en el suyo se relaciona con la ciencia —en las matemáticas el signo de Aleph es el del número infinito que contiene a todos los otros. En pocas palabras, Borges moderniza lo fantástico; la anticuada y estorbosa lámpara de Alhazred se convierte en el depurado y nítido Aleph.

Lovecraft, por lo demás, no se había contentado con imaginar un aparato complejo sino que además le atribuyó un origen legendario. La lámpara había sido hallada en «una ciudad oculta llamada Irem» y «Era obra de la fabulosa tribu de Ad» (p. 135). Desde luego, se trata de un lugar y un pueblo imaginarios, pero el nombre de la tribu recuerda el de *Adén* y la ciudad se encuentra en la península arábiga; para dotarla de realidad, Lovecraft menciona que había sido edificada por Shedad o que «Decían que se encontraba en Hadramant», pero «según ellos, debía estar enterrada bajo las antiquísimas y siempre movedizas arenas de Arabia» (p. 135); en fin, recurre al viejo truco de hablar de algo desconocido como si fuera conocido, de algo imaginario como si fuese real. Todo esto no tiene otro propósito que hacer más portentosa la lámpara. En cambio, Borges se limita a designar al punto clave del universo con el nombre de la primera letra del alfabeto hebreo y en esa forma alude a la cábala y enriquece su relato mucho más efectivamente que Lovecraft con toda su faramalla.

En cuanto a la transformación del protagonista de «La lámpara de Alhazred» en Carlos Argentino Daneri, lo primero que hay que saber para entenderla es que aquél representa a Lovecraft. No sólo se le atribuyen los relatos de éste, sino que también trabaja como redactor en revistas amarillistas y para aumentar sus ingresos corrige los manuscritos de otros escritores. Se llama Ward Phillips y heredó la lámpara de un abuelo llamado Whipple, y es sabido que *Howard Phillips* Lovecraft era nieto de *Whipple* Van Buren Phillips y debido a la enfermedad, primero, y luego a la muerte de su padre, creció en la casona que su abuelo poseía en Providence y que se describe en el cuento; sin embargo, la familia tuvo que deshacerse de ella cuando Whipple murió, mientras que el protagonista de su cuento la conserva, como Lovecraft sin duda hubiera querido. Daneri recuerda un tanto a Lovecraft, porque pide ayuda para salvar «La casa de mis padres, mi casa, la vieja casa ... de la calle Garay» (p. 622), pero el edificio donde vive pertenece a los empresarios Zunino y Zungri que ya habían establecido en la esquina una confitería y se proponían ampliarla. Lo importante es que Borges no apreciaba los relatos de Lovecraft y que se burla en el cuento de los versos de Carlos Argentino Daneri. Es claro que para él un escritor no necesita de ninguna lamparita como la de Alhazred ni de ningún punto desde el que se vea todo el mundo. Suponiendo que Lovecraft hubiera tenido realmente la lámpara que describe, es obvio que no le sirvió de mucho porque escribía bastante

mal; en mi opinión, Borges sacó de ahí la idea de un prodigio, de ese punto clave del universo, que está a la disposición de un escritor mediocre que no logra ni así escribir una obra memorable.

Por supuesto, Borges no escribió «El Aleph» para burlarse de Lovecraft, sino de cierto tipo de escritor. Es obvio que tanto la lámpara como el Aleph son símbolos de la imaginación, pero de un tipo de imaginación limitada. La lámpara revela escenas de otros mundos y de otros tiempos; el Aleph, todos los sitios del planeta, todos los paisajes. Borges ya se había opuesto al color local y a la tesis de que la literatura argentina debe registrar la topografía, la botánica, la zoología y la arquitectura argentinas. Si se llevara hasta sus últimas consecuencias, lo más que podría dar este curioso nacionalismo es un poema como el *Polyolbion*, en cuyos quince mil docecasílabos Michael Drayton (1563-1631) hizo el inventario de los accidentes geográficos, las construcciones monásticas y los sitios históricos de Inglaterra; para ridiculizarla todavía más, Borges imagina a un poeta que «se proponía versificar no sólo un país sino toda la redondez del planeta» y que «en 1941 ya había despachado unas hectáreas del estado de Queensland, más de un kilómetro del curso del Ob, un gasómetro al norte de Veracruz, las principales casas de comercio de la parroquia de la Concepción, la quinta de Mariana Cambaceres de Alvear en la calle Once de Setiembre, en Belgrano, y un establecimiento de baños turcos no lejos del acreditado balneario de Brighton» (p. 620).

Borges se opuso abiertamente años después a ese nacionalismo literario que exige que un escritor demuestre ser argentino o de cualquier otro país; en su opinión, «nuestra tradición es toda la cultura occidental» (p. 272) y que «no podemos concretarnos a lo argentino para ser argentinos: porque o ser argentino es una fatalidad y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una mera afectación» (p. 274). Y esto es precisamente lo que pasa con Daneri. Argentina es un país poblado por inmigrantes europeos. Los propietarios de la casa en que se encuentra el Aleph y el abogado al que Daneri piensa recurrir tienen apellidos italianos, lo mismo que él y su prima Beatriz Viterbo. Borges observa en cierto momento que Daneri no había perdido ni la ese italiana ni la abundante gesticulación italiana. Sus raíces se encuentran en Italia. Los inmigrantes italianos tenían la costumbre de bautizar a sus descendientes con el nombre del lugar de nacimiento, y el nombre de Carlos *Argentino* Daneri es por eso propio de un advenedizo. Por lo mismo, éste parece empeñado en ser más argentino que los demás argentinos. No es casual que viva en la calle *Garay*, es decir en la que lleva el nombre del fundador de Buenos Aires y que está cerca de la Plaza *Constitución*. Es claro que procura confundirse con los argentinos de vieja cepa, pues le pide a Borges que intervenga para que Álvaro Melián Lafinur escriba el prólogo de «La Tierra».

Borges aseguró que el personaje de Daneri se basa en un buen amigo suyo, que nunca sospechó nada y que «Los versos de Daneri son una parodia de sus

versos» (Rodríguez Monegal, p. 375), pero es posible que haya cierta dosis de autocrítica en «El Aleph», porque Borges confesó que, al escribir *El tamaño de mi esperanza*, «Traté de ser tan argentino como pude» y que «conseguí un diccionario de Segovia de argentinismos y empleé tantas palabras locales que muchos de mis compatriotas apenas si lo comprendían» y «Como he extraviado el libro, no estoy seguro de que yo mismo pueda entender el libro» (Rodríguez Monegal, p. 184). También se ha dicho que *Daneri* es una abreviación de *Dante Alighieri*, y en mi opinión Borges quiso contraponer su personaje al poeta, sobre todo porque en el cuento se mencionan las cartas obscenas que Beatriz Viterbo le había escrito a su primo y que aclaran su relación incestuosa. Daneri aparece por eso como un hombre vacío, que ni siquiera ha sabido amar a la mujer que Borges en ese cuento, por el contrario, adoraba. En sus versos había paisajes, pero no había pasión, y eso es lo que le reprocha Borges a cierto tipo de poetas.

En cambio, en el cuento que Borges escribe sobre Daneri sí hay esa pasión que se echa de menos en su poesía. Borges recuerda la devoción que le inspiraba Beatriz Viterbo y las humillaciones que le infligió, así como su obstinada negativa a olvidarla. Ya muerta, Beatriz habría de humillarlo una vez más, cuando Borges descubre las cartas obscenas que ella le había escrito a su primo. En ese momento, Borges llega a odiar a Daneri y decide vengarse de su rival. Finge no haber visto el Aleph para que Daneri se crea loco y logra que abandone la casa. Nada le importa que la humanidad pierda algo invaluable con tal de hundir al hombre que ha provocado sus celos.

BIBLIOGRAFÍA

- Jorge Luis BORGES. «El Aleph» y «El escritor argentino y la tradición». En *Obras completas*. Buenos Aires, Emecé, 1974, pp. 617-628 y 267-274.
- Richard BURGÍN. *Conversaciones con Jorge Luis Borges*. Madrid, Taurus, 1974.
- H.P. LOVECRAFT, «La lámpara de Alhazred». En *La habitación cerrada y otros cuentos*. Madrid, Alianza, 1976, pp. 133-145.
- Emir RODRÍGUEZ MONEGAL, *Borges: una biografía literaria*. México, Fondo Cultura Económica, 1987.